





CRISTÓFORO



Enrique Navarro

# CRISTÓFORO



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Enrique Navarro

ISBN: 978-84-18828-18-8

ISBN digital: 978-84-18828-19-5

Depósito legal: M-18192-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres,  
y a Quique y Martina que han heredado el placer por la curiosidad.*





# ÍNDICE

EPÍLOGO .....	11
PRIMERA PARTE: SUEÑOS Y REALIDADES .....	13
EN UN LUGAR DE GRANADA .....	15
SAMUEL.....	33
EL ALUMBRE .....	83
BARCINO .....	119
MARE NOSTRUM.....	151
SALDAÑA.....	177
SEGUNDA PARTE: CAMINOS Y DESTINOS.....	219
RUMBO AL OCÉANO.....	221
BILBO .....	247
ISABEL MONIZ.....	273
EN CASTILLA .....	315
¿Y POR QUÉ NO?.....	361
NAVEGANDO AL NORTE .....	391
TRAVESÍA A FLANDES .....	431
EL RETORNO.....	455
REGRESO A LA RÁBIDA.....	489
EL TRIUNFO.....	533
TERCERA PARTE: LA GRAN AVENTURA.....	547
EN UN RECODO DEL CAMINO.....	549
LA PARTIDA.....	595
NAVIDAD.....	627
VUELTA A CASA .....	637
¿Y AHORA QUÉ?.....	685



## EPÍLOGO

Nunca llegué a pensar, ni siquiera en sueños, que viviría tanto. Al menos podría enumerar cuatro o cinco momentos en esta larga jornada vital en los que debía haber fallecido, pero parece que mi arrogante agnosticismo ha evitado que hubiera alguien que me llamara a la otra vida. Total, ¿quién va a reclamar mi alma si ni siquiera yo estoy seguro de poseerla?

Lo que más me ha envejecido en la vida ha sido ver morir a mi esposa; después, a los amigos y a los compañeros, y como a nadie conozco de entre ellos que haya alcanzado casi los noventa años, como es mi caso, decidí un día, ante la premura de que la vida se me pudiera ir en un resfriado o en una noche sin luna, que debía dejar testimonio de todo cuanto me aconteció con el expreso deseo de enterrar este, mi diario de a bordo, bajo siete llaves para que sea abierto cuando en el mundo reinen la cordura y la libertad. Y si este momento no llegase, a los quinientos años del fallecimiento del rey Fernando, tiempo más que suficiente para que todo lo que aquí detallo no abra viejas heridas que, de haber existido, ya deberían estar cicatrizadas para tan lejano momento.

Solo le pido a la Providencia que, una vez termine esta obra, que será magna por los acontecimientos me lleve al reposo eterno, en el que solo deseo estar cerca de la que fue mi gran familia, que no solo es la de aquellos a los que me unió la religión o el parentesco, sino también incluye a aquellos con los que compartí la vida, aunque fuera un solo instante. A veces, un momento permanece indeleble en nuestra memoria hasta el último día, y también ocurre que olvidamos largos periodos de nuestra vida por intrascendentes; así se resume nuestro discurrir por este mundo.

Por circunstancias del destino perdí mi árbol genealógico y nunca más llegué a saber de hermanos, sobrinos, cuñadas...; y no será porque no dediqué tiempo y recursos a buscarlos, sino que, dada la azarosa vida que a los judíos nos ha tocado vivir, casi tengo la seguridad de que ninguno ha debido sobrevivir al infortunio. Por eso me rodeé de amigos que han sido mi auténtica familia junto con mis dos hijos, que han bendecido los últimos años de mi vida, ya que no fueron producto

del ardor juvenil, sino de las últimas llamas, aquellas que tanto cuesta conseguir, pero que tanta satisfacción dan ya en la edad madura, casi anciana, diría yo.

Ahora, cuando siento el halo frío de la muerte acecharme, percibo la irrefrenable tentación de recordar; yo no diría de hacer balance, porque no iba a ser objetivo, pero sí de hacer pasar por mi mente todas aquellas imágenes que mi retina fue imbuyendo en mi cabeza, y correr sobre mi vida como lo hacen las carabelas cuando llevan fuerte viento en popa. Quiero rememorar multitud de hechos y a demasiadas personas, y apenas creo que tenga suficiente vida; por eso no quiero perder más tiempo.

La mayor satisfacción que he tenido en todos estos largos años ha sido ver morir a tanto corrupto, ignorante y déspota; lamentablemente la muerte también me arrancó a muchos seres queridos, pero ¿qué podía esperar si nací antes que el rey Fernando y él murió hace ya casi veinticinco años? Sin embargo, por encima de todo, he de decir que tuve la inmensa fortuna de encontrar al hombre más grande que en el mundo ha existido desde Marco Polo. ¡Qué digo!, desde Alejandro el *Grande*, y aunque ya lo conocí siendo casi anciano, me dejó una huella tan profunda que ningún día he dejado de recordarle, mi buen amigo Cristóbal.

Ser viejo es un fastidio; llevo más de diez años sin masticar; como comprenderán, ya no tengo dientes ni muelas. Los huesos cada día me duelen más, pero conservo una muy buena vista gracias a una operación de cataratas que un buen hermano me practicó hace años en Amberes y que me devolvió a la luz de los mapas y los libros. El pulso todavía se mantiene firme y ningún día he dejado de escribir; ya nada me produce mayor placer.

Decidí pasar mis últimos años en Castilla porque deseo morir en estas tierras conforme a mis ritos, aquellos que heredé de mis padres, y estos de los suyos, y así sucesivamente. De aquí, cuando alguien tenga a bien reclamar mi alma, deseo partir con los míos. No puedo decirles dónde se encuentran porque es una información demasiado valiosa que en malas manos amenazaría la vida de miles de buenas personas, pero tengo la convicción y el deseo de ser enterrado con ellos para que no vaya a ser que en la otra vida exista algo inesperado y sorprendente para un agnóstico y, sin duda, en ese caso, prefiero vivir la eternidad con mi familia que no con los muchos enemigos que fui acumulando, aunque casi todos se buscaron ser incluidos en esta categoría.

Siempre que comienzo a recordar y me siento frente al papel, un solo nombre viene a mi mente y no puedo sacarlo de mi cabeza, como si fuera yo mismo; por ello ya renuncié al protagonismo de mi historia y se lo cedo gustoso a mi amigo, el gran Cristóforo Colombo.

# PRIMERA PARTE: SUEÑOS Y REALIDADES



## EN UN LUGAR DE GRANADA...

Recuerdo perfectamente aquella tarde; hacía mucho frío, parecía que el invierno no quería retirarse. Las semanas anteriores habían sido muy secas, y acumulaba polvo en cada poro de mi piel. Llevaba años recorriendo las tierras íberas y me flaqueaban las fuerzas. Pero peor había sido la soledad. Había pasado muchos años solo, luchando contra los acontecimientos, la envidia, la irracionalidad y la insensatez. Nunca pensé que vería tanta sangre y destrucción, y todo en nombre de dioses que difícilmente se considerarían enemigos entre ellos.

Habían pasado unas semanas desde el decreto de expulsión de los judíos, y los caminos estaban atestados de familias sin rumbo. Un día nos despertamos y ya no éramos de aquí. Nos privaron de la memoria y de la raíz, y un tallo así difícilmente podría sobrevivir. Nunca me interesaron muchos los asuntos de religión, lo que es normal entre hebreos, más dedicados a lo mundano que a lo celestial, pero semejante injusticia algún día se volverá sobre este pueblo gobernado por incultos incapaces de ver más allá de donde alcanza su elemento viril o su corazón. Pero en aquel momento todo esto poco me importaba. Nuestra soberbia fue el mayor enemigo que definitivamente nos empujó al exilio.

Dejé mi caballo a mis dos fieles escuderos, que me habían acompañado desde que dejé Barcelona veinticinco años atrás, una eternidad si lo comparamos con la esperanza de vida de una humanidad concebida para sufrir, y me adentré en la única posada que existía entre Málaga y Sevilla. Se trataba de territorios recientemente conquistados, y muy escasos cristianos se habían establecido todavía en aquellas tierras.

Era una casona amplia con unas quince mesas que cuando crucé el umbral estaban atiborradas de gente, al parecer de soldados que regresaban a sus casas después de la toma de Granada. Sin embargo, no pasaría mucho rato hasta que todos marcharon, salvo dos o tres mesas de hidalgos o caballeros, aunque tampoco pondría la mano en el fuego por que no fueran bandidos o moros disfrazados. Estaba claro que no disponían de suficientes maravedíes para pagar

una cena y no digamos pasar noche. Al parecer, el botín de la toma de la capital nazarí había sido escaso. Sin duda, esta idea de la Reconquista era algo idílico pero poco práctico.

Hacía mucho tiempo que había abandonado hábitos y formas propias de mi religión, y me conducía como un aragonés, que es lo que soy por nacimiento. Pero la verdad es que nunca creí mucho en las fronteras, solo sirven para mantener privilegios injustificados en la mayoría de los casos. Me senté en una mesa al fondo, justo enfrente de la puerta de la posada, y pedí una jarra de vino. La caminata del día, o seguramente los años de deambular por estas tierras yermas, me habían producido la inmensa necesidad de beber y conversar, pero no vi a nadie en la sala que tuviera un interés distinto a yantar y disfrutar de los placeres de Baco mientras proferían injurias y maldiciones. Tampoco me amargué por ello; llevaba demasiado tiempo callado, que en Castilla es la actitud más segura que se puede adoptar si se anhela sobrevivir.

Enfrascado en mis reflexiones sobre todos los acontecimientos que se habían producido en esos años, me llamó poderosamente la atención la llegada de un hombre de mediana estatura, pelo blanco, no especialmente corpulento, pero denotaba cierto aspecto caballeresco o quizás extranjero; en aquel momento no llegué a ninguna conclusión. Como todas las mesas estaban ocupadas le animé con el brazo a que se acercara y se sentara en la mía. Beber solo es una enfermedad, pero hacerlo en compañía es el acto de mayor sociabilidad que puede encontrarse. Ese mínimo gesto, inesperado, quizás automático, sin pensar, ha sido determinante de todo cuanto me ha acontecido desde entonces. Ese instante ha marcado de tal manera mi vida, a pesar de que ya creía haberla casi agotado, que doy gracias a Dios de haber animado a aquel buen hombre, también con cara de cansado, para que se arrimara y compartiera mi jarra de vino. Su forma de presentarse le calificaba como un caballero; su nombre, Cristóbal Colón.

Me sorprendió que viajaba solo, ya que fue la primera cuestión que le planteé mientras el posadero llenaba los dos vasos con un vino de la tierra, excesivamente ácido para mi gusto. Nadie viaja solo por Castilla, salvo que sea un fugitivo. En aquellas semanas en la que muchos regresaban a sus casas tras culminar la conquista del reino de Boabdil, no faltaban los ataques a hombres que eran asesinados por unos pocos maravedís, o a mujeres, que eran objeto de todo tipo de vejaciones. Sin duda, la guerra extrae de nosotros los peores instintos.

No le sentía muy seguro; no cesaba de mirar con ansiedad a la puerta cada vez que se abría o cerraba, pero cuando comprobaba que era otro visitante, respiraba profundo. Estaba ya atardeciendo y una camarera dejó sobre la mesa



un candil que me permitió ver con más detalle su cara. Su piel estaba muy curtida. Ese rostro me era familiar, lo había visto muchas veces en los marinos con los que trabajé durante mi estancia en Brujas. Cristóbal era un marino, y eso explicaba un cierto aspecto senil.

Transcurrió un rato en el que apenas intercambiamos unos saludos y mensajes muy protocolarios, vacíos de contenido alguno. Estaba convencido de que aquel hombre atesoraba grandes historias, pero sin duda era muy reacio a expresarse con naturalidad. Llegué a la conclusión de que aquella reunión no prometía ser muy amena e hice además de incorporarme para despedirme y buscar un catre en el que descansar cuando se disculpó y me solicitó que tomara asiento de nuevo.

—Disculpad, *caro amico* —me dijo— desde que estuve en Alejandría siempre tengo la percepción de que algún bandido me asestará una cuchillada en el corazón, y no soy muy dado a confiar en los desconocidos, pero vos me parecéis buena persona.

No iba a dejar pasar la oportunidad de entablar conversación partiendo de un pequeño hilo conductor como podría ser la capital del gran Alejandro, así que le pregunté sobre los motivos de su viaje a la capital de la sabiduría.

Comenzó a explicarme, con una creciente expresividad, que había viajado en una carraca con el fin de averiguar cuestiones de geografía que, en un principio, no alcancé a comprender, desde Cartagena hasta la desembocadura del Nilo. Gracias a un importante comerciante judío de la ciudad, llamado Simón Meir, lo que he de decir que me tranquilizó siendo yo también hebreo, iba a conseguir datos que parecían ser determinantes del futuro de la humanidad, teniendo en cuenta la pasión creciente que iba poniendo en la explicación sobre su viaje, la llegada al puerto y finalmente describiendo con el mayor detalle el barrio judío, que parecía no diferir de los que yo había conocido en Castilla. De la mano de Meir llegó a una escuela de las muchas que abundaban en la ciudad de los Ptolomeos, en las que los hijos de los más adinerados eran instruidos en las más diversas ciencias. ¡Qué diferencia con los nobles castellanos que desprecian el conocimiento enalteciendo el poder de la espada!

—Llegamos —comenzó a explicar el caballero— a la puerta de un magnífico edificio de mármol de tres alturas. La puerta principal de madera con remaches de bronce sobresalía sobre el resto de las portadas de los edificios circundantes. No había ninguna indicación en la fachada que delatase cuál era el propósito de semejante construcción, y nadie entraba o salía por el portalón. Cuando nos acercamos para acceder a la Escuela, Simón me solicitó que esperase a unos pasos de distancia. Él llamó a la puerta y estuvo hablando unos

pocos segundos con alguien de dentro del edificio; no conseguí saber si hablaban en hebreo o en árabe. Finalmente me hizo un gesto para que me acercara y accedimos al edificio, que disponía de un gran patio interior, con un enorme aljibe en el centro. Alrededor del patio había una columnata, quizás más de cien esbeltas piezas de unas cinco varas de altura, y habitaciones amplias alrededor, donde decenas de personas copiaban manuscritos con una gran precisión y sin levantar la cabeza de sus mesas. El silencio asustaba y apenas solo un leve ruido al pasar un pergamino, o cuando en un descuido se caía algún objeto pesado, producía un sobresalto que ocasionaba una inmediata reprensión por parte de toda la comunidad de copistas.

»El patio estaba cubierto por unas telas, yo diría de seda, que tamizaban la luz del sol y que se agitaban como velas de una carabela cuando se levanta la más ligera brisa refrescando el ambiente. El lugar realmente era acogedor y, sin duda, uno de los muchos templos del saber que abundaban en la ciudad de Alejandro y que eran conocidos en todas las ciudades de esta Europa que parecía renacer de las cenizas del medievo.

»Un sirviente nos ofreció una bebida a base de menta, y nos invitó a sentarnos sobre un pequeño tapiz que estaba extendido en el centro de una de las alas del patio que estaba vacía en ese momento. No pasaron más de diez minutos cuando entró en la sala un hombre enjuto, de mediana estatura y barba blanca bien arreglada, vestido con una túnica blanca con ribetes dorados. Si alguna vez había imaginado a Aristóteles, sin duda era como aquel personaje. Simón nos introdujo, su nombre era Crátides. Su familia había llegado a la ciudad en los tiempos del último Ptolomeo hacía mil años, y todas las generaciones de su familia habían estado vinculadas a los centros de conocimientos de la ciudad, desde la antigua gran biblioteca a las escuelas y madrazas que se esparcían por Alejandría.

»Hablaba muy despacio, disimulando un acento que parecía griego; se reclinó sobre un almohadón pidiendo un poco de agua a uno de los sirvientes de tez morena y casi desnudo. Me quedó claro por el nivel de confianza con Simón que eran buenos amigos y que compartían algunos negocios y muchos intereses.

»Simón inició la conversación presentándome como un caballero aragonés súbdito del rey Fernando y muy bien conectado en la corte de Zaragoza. Exagerando un poco, al modo que solo los judíos lo saben hacer, indicó que quizás estaba allí para informar al rey aragonés de qué necesitaba la ciudad para resistir a los turcos.

—¡Crátides!, *Cristóbal tiene una importante misión que realizar aquí, en Alejandría, y me ha pedido mi colaboración, que tú, que bien me conoces, no le voy a negar* —le explicó Simón.

»Estas palabras fueron muy bien recibidas por Crátides, que enseguida se relajó y me preguntó cuál era la razón de mi visita a su escuela.

»Cuando iba a explicarle los conocimientos adquiridos tanto en mi corto paso por la Universidad de Padua como en mis viajes, Simón me interrumpió, tratando de evitar que hablara demasiado, seguramente para impedir que pudiera descubrir mi auténtico origen, aunque he de decir que ahora ya son muy pocos los que me toman por genovés o incluso portugués.

—*Querido Crátides, Cristóforo ha sido socio mío en varios negocios que hicimos en el pasado, y es un asiduo de estas tierras como comerciante y marino, siempre en busca de los mejores precios de especias para llevarlas al puerto de Barcelona, o al de Valencia, que en los últimos años ha cobrado una gran importancia trabajando para las casas genovesas de Doria y Antonio di Negro. Él ha llegado a nuestra ciudad alejandrina con el fin de averiguar el estado actual de las rutas que conducen a la India a través del mar Rojo, y en particular sobre cómo de seguras son para la navegación. El rey Fernando quiere mantener lejos del dominio turco a Alejandría porque es su puerta hacia el Oriente, y está evaluando cuáles son las mejores opciones militares o científicas para continuar comerciando de forma segura con los lejanos reinos de Catay y la India. Cristóbal viene en una misión secreta, por lo que ruego seáis discretos sobre su presencia en la ciudad* —le susurró al oído realizando la importancia del mensaje.

—*Pues bienvenido, Cristóbal, a mi escuela* —exclamó Crátides con cierto entusiasmo, como si hiciera mucho tiempo que no hubiera pasado por el edificio un alumno extranjero—. *Quiero decirles que vuestro rey Fernando es una persona inteligente por enfrentarse al infiel, en Castilla y en el Oriente, aunque en el fondo está buscando más el interés comercial, y esto acrecienta mi admiración hacia él. Como bien sabréis, los portugueses han llegado ya, bordeando la costa de África, muy hasta el sur del continente, pero nada asegura que no se encuentren con los infiernos o quizás pasen cien años hasta que consigan encontrar una ruta alternativa hacia el Oriente. Los turcos están muy lejos de las costas de la India y de la península de Arabia, siendo todavía aguas más bien tranquilas donde se respeta el comercio. Los árabes de Muscat son extremadamente comerciales y aprovechan su estratégica posición para intermediar en el comercio entre todos los rincones del mundo. Ellos se saben frontera; ni los orientales traspasan sus territorios ni los occidentales llegan más allá. Aprovechando esta estrategia, encontraréis para vuestro rey buenas rutas, siempre y cuando Egipto y el Nilo estén libres de la amenaza turca; y eso va a ser muy difícil que perdure durante mucho tiempo* —explicó el sabio.

»A medida que Crátides iba profundizando sobre la estrategia del comercio internacional y las rutas, yo me iba desesperando. El tiempo pasaba y no estaba para lecciones de algo que en esos momentos me resultaba intrascendente. Sin embargo, tenía que respetar el modo como Simón llevaba la conversación y

debí contenerme para no explotar y salir de allí corriendo. Había transcurrido una hora de disertación, en la que como buen alumno escuché simulando mucha atención y agradeciendo de forma ostentosa todos los consejos que me daba y, por supuesto, asegurando que tomaba muy buena nota. Simón a cada recomendación me miraba fijamente reafirmando todo lo que decía el alejandrino.

—*¡Qué suerte habéis tenido de conocer al sabio Crátides, hombre ilustrado y sabio donde los haya, de la muy conocida e ilustrada ciudad de Alejandría, capital del saber del universo!* —declamó, poniéndose de pie Simón, lo que ocasionó la reprimenda de los copistas.

»He de decirle que aquello terminó con mi paciencia. Tenía que proseguir mi viaje y no estaba para perder el tiempo, ya que tenía una fecha determinada para regresar a Castilla, y si no la cumplía el viaje no serviría para nada.

»En un momento de la conversación, y cuando el cansancio acumulado de los días de mar estaba a punto de hacerme derrumbar sobre los cojines y echarme a dormir, Crátides se levantó y, pidiendo un poco más de menta, dijo:

—Estimado Cristóbal, yo creo que ya os he dado suficiente información para vuestro rey Fernando; a cambio tendréis que conocer mi escuela y a sus profesores para que habléis bien de nosotros cuando viajéis por Europa, y así los hijos de los nobles aragoneses puedan venir a estudiar a Alejandría, que sus pagas nos vendrán muy bien para hacer algunas obras en el edificio.

»Aunque quería desestimar la propuesta de Crátides, fue Simón quien lo consideró muy acertado y agradeció la invitación. Todo lo que había escuchado era conocido hasta por los niños en Sevilla, y ahora pretendía venderme su escuela para traer nobles cristianos, a los que lo último que les interesa es leer o aprender sobre la tragedia griega y no digamos de álgebra o filosofía. Pero si la alternativa era seguir con la disertación o mostrarme los secretos del saber de Alejandría apilados entre los muros de aquel edificio, tenía clara cuál era la mejor opción.

—*Esta ciudad siempre ha valorado más la ciencia que el arte, a diferencia de Grecia y Roma, que siempre buscaron el ideal de belleza o la representación más fidedigna de los sentimientos como objetivo esencial de su cultura. Alejandría siempre ha buceado en los mares del conocimiento empírico. Conocer nuestra realidad y saber explicarla ha sido durante siglos la piedra angular sobre la que ha girado la vida en la ciudad. Alejandría, por mucho que les pese a los europeos, heredó a Atenas y luego a Roma. Mientras que la oscuridad se cernió sobre Europa, la ciudad con su biblioteca y los eruditos que vivían a su alrededor preservaron e incrementaron el saber de la Antigüedad mezclando conocimientos de las tres grandes civilizaciones de la historia: Egipto, Grecia y Roma. Pero no os preocupéis, ahora os va a tocar*

*vos tomar el relevo, ya que, con lo turcos, llegan nuestros bárbaros, que traerán la oscuridad al Oriente. Por eso es tan importante que una persona influyente como vos transmita a sus monarcas la realidad de Alejandría y de la amenaza turca, para que sean conscientes de las consecuencias que pueden derivarse de este gran cambio estratégico en el mundo* —relataba el supuesto director de la escuela mientras recorriamos el patio—. *Yo particularmente siempre me interesé por la mayor de las ciencias, la que da solidez y base a todas las demás ramas del saber, las matemáticas* —exclamó Crátides desechando de antemano cualquier otra idea o ciencia.

»Yo recordé al oír esas palabras lo que siempre decían los profesores en Padua, y que a mi profesor y a mí nos causaba mucha risa: «La astronomía, a diferencia de las demás materias, es la esencia del conocimiento humano». Luego escuchar que es la geografía la base del conocimiento... y no digamos cuando aparecía el catedrático de teología y solo la palabra de Dios era importante. Yo entendía que todos tenían razón, y que para cada uno lo más importante era la materia que le daba de comer.

—*Alejandría dio al mundo al padre de la matemática moderna, Euclides, que, si bien no nació aquí, recaló en estas tierras al amparo de Philadelphus, el rey Ptolomeo. Fue cerca de este edificio donde escribió sus Elementos matemáticos, que compendian todo el conocimiento matemático y que hoy, después de mil años, no han sido superados por hombre alguno. La escuela euclidiana, fundada por él, subsistió setecientos años manteniendo su espíritu y su nombre, y obviamente yo me considero heredero de esta larga tradición* —exclamó con total seguridad el académico Crátides—. *¿Podéis imaginar, Cristóforo, mantener abierta una escuela de matemáticas durante siete siglos?* —me preguntó como si ya supiera la respuesta.

»Íbamos cruzando salas y salas a través del imponente edificio hasta que llegamos a una estancia amplia pero revuelta, con cientos de pergaminos y legajos distribuidos de forma irregular por toda la habitación, incluyendo el suelo; eran mapas, montones de mapas y de portulanos, y mi curiosidad se acrecentó de tal manera que al acercarme a ver una gran mesa llena de viejos legajos, tropecé y caí encima de otro viejo profesor, mucho más anciano que Crátides, que casi se mató del golpe tan tremendo que se llevó. Tardó en recomponerse y, si lo hizo finalmente, fue gracias a la ayuda de Simón.

»Una vez en pie, tomó su bastón dispuesto a golpearme la cabeza cuantas veces pudiera mientras gritaba en un idioma ininteligible para mí. Sin embargo, cuando estaba dispuesto a arrearme el primer golpe, perdió el equilibrio y volvió a caerse de bruces. Finalmente tuve que levantarlo y sentarlo en una silla que Simón acercó desde el fondo de la estancia. Crátides estaba demudado, era como si hubiera violado un lugar santo de la escuela y atentado contra su

sumo sacerdote. El propio Simón quedó sin palabras también. Preferí dejar al anciano tranquilo en su silla y me dispuse a abandonar la sala cuando oí una voz en italiano, muy tenue:

—¿Os interesan los mapas?

»Me detuve y giré con cara de asombro e incredulidad. El anciano, con una sonrisa, me dijo:

—*Vos sois de Génova, y a pesar de llevar mucho tiempo fuera de vuestra ciudad ni sois portugués ni castellano, ni tenéis acento aragonés. Pasar la vida viendo mapas permite conocer las tierras, los mares y sobre todo a las gentes, y ese ha sido mi oficio durante años. Como vos, yo no soy de la ciudad de Alejandro, llegué aquí hace treinta años desde Portugal, donde presté mis servicios al príncipe Enrique, colaborando estrechamente en la Escuela de Sagres, que no debe serle ajena, ya que mantengo correspondencia con el director de tan insigne institución y me habló ya hace años de la llegada de un genovés apellidado Colombo. Llegué a Alejandría después de una travesía tan horrorosa desde Lisboa que decidí que nunca más me embarcaría y, de hecho, ni cruzar el lago Mariotis está en mi haber. En Portugal, como vos debéis saber, todos los trabajos de exploración y científicos están al servicio del comercio y la grandeza del reino. Aquí trabajo por el simple placer del conocimiento sin la presión de reyes o comerciantes. En Alejandría he encontrado el sentido clásico de la investigación, sin fronteras ni límites y, mucho menos, instrucciones, y eso para un hombre de ciencia es fundamental para su propio desarrollo intelectual. Pero no me habéis contestado a la pregunta* —me dijo con cierta vehemencia.

—*Los mapas son parte fundamental de mi trabajo; llevo más de veinte años navegando por el Mediterráneo y por las procelosas aguas del Atlántico y también he conocido Sagres y muchos de sus secretos. Los mapas, las corrientes y los vientos son mis herramientas de trabajo. Sin el sol y las estrellas, sin la brújula y sin los mapas, nunca habría llegado a puerto alguno. O sea, que podréis comprender mi interés* —le contesté para saciar su curiosidad.

—*Pues sabed, buen amigo, que a pesar de lo que le diga Crátides u otros ilustres colegas de esta venerada escuela, la principal aportación de Alejandría al mundo ha sido la geografía* —espetó el anciano—. *¿Y qué área del mundo conocido os interesa más?* —me preguntó dispuesto a sacar de algún estante docenas de mapas del lugar que eligiera.

—*Me interesan más los mapas del mundo desconocido, más allá del mar Tenebroso* —le contesté.

»El anciano quedó demudado, con sus pequeños ojos abiertos como platos; frunciendo el ceño, comenzó a rascarse la cabellera suavemente. Así permaneció unos minutos en silencio, que a mí se me hicieron eternos. Al final dijo:

—*¿Queréis ver mapas del mundo desconocido?* —preguntó mirándome fijamente a los ojos—. *Crátides, ¿podéis darme las llaves de la gruta?* —le inquirió con cierta exigencia y avidez al director de la institución.

»Crátides miró a Simón y le explicó que en la gruta se hallaban los secretos más trascendentales de la historia de la humanidad, los códices más selectos y las obras más maravillosas que ha visto mente humana.

—*Si la gruta fuera abierta a la humanidad, esta se daría cuenta de que vive en la ignorancia más absoluta. El conocimiento debe ser aislado y preservado hasta que la razón lo apruebe o descalifique y, sobre todo, lo pueda asimilar. La línea que separa la herejía de la realidad a veces es tan delgada que uno, creyéndose en el mundo real, puede estar aposentado sobre el pecado. Aunque aquí, en Alejandría, la línea es más gruesa seguramente que en Castilla, donde no es difícil para algún extremista cultural, que son la peor amenaza a la humanidad, demostrar que un gesto, una palabra o un experimento constituyen una ofensa a nuestro Dios que debe ser perseguida y castigada en la boguera. Simón, por la confianza que os tengo y por la alta misión que le trae a Cristóforo a esta ciudad, accederé a que pueda permanecer en la gruta* —sentenció Crátides.

»El viejo llamó a dos sirvientes que aparecieron enseguida portando dos antorchas que fueron encendidas al comenzar a bajar una escalera estrecha de piedra circular de apenas unos cuarenta peldaños, sin ventanas y sin ventilación. Cada diez peldaños había una puerta gruesa. Para traspasar cada puerta, el sirviente debía abrir una cerradura y esperar que del otro lado alguien procediera de la misma manera. Al pasar la primera puerta, un guardián armado con un sable protegía la estancia. Por fin llegamos a una tercera puerta, más estrecha y por la que había que agacharse para traspasarla y acceder a la cripta de la Escuela. Los muros eran dobles, debían tener casi dos codos de espesor. El techo simulaba una iglesia de la Antigüedad en forma de bóveda también de piedra y con pinturas sobre la misma pared con colores apagados y formas geométricas. Una vez los sirvientes prendieron unas teas que iluminaron toda la sala, se retiraron y los vigilantes cerraron la puerta de una forma brusca. Tras el primer cerrojo, oímos que se cerraban las otras dos puertas. Habíamos quedado encerrados en el templo de la sabiduría el anciano y yo.

»Mi primera preocupación fue saber cuándo íbamos a salir de ahí, pero el viejo satisfizo mi curiosidad enseguida.

—*Un reloj de arena ha sido volteado al entrar; una vez agotado su contenido, las puertas se abrirán y seremos obligados a subir. Nadie más podrá entrar en la sala hasta dentro de siete lunas* —explicó el sabio mientras volteaba la ampollita que estaba dispuesta sobre una mesa en el centro de la sala para controlar el tiempo restante.

»*Aquí encontraréis algunos de los pocos restos de la conocida Biblioteca de Alejandría, incendiada y saqueada por los ignorantes hace mil años. Apenas unas pocas obras se salvaron, y las que quedaron medio destruidas fueron recompuestas durante años por escritores, filósofos y artistas que trabajaron denodadamente para que el legado de Atenas no se perdiera*



en la oscura nube de los tiempos. Seguramente aquí se apilan algunas obras de lo que fue el *sanctasanctorum* del conocimiento; lo que nos rodea es el vínculo que tiene la civilización occidental con sus raíces.

»Cuando los turcos lleguen, todo esto será destruido, y por ello es tan importante que los trabajos de copia continúen y se desperdiquen ejemplares de estas obras, imprescindibles para comprender la historia y la esencia de la humanidad, por el Oriente y el Occidente, tan pronto sea posible. Las obras de Sófocles, Euclides, Pitágoras, Platón y tantas otras son patrimonio de toda la civilización, como lo es el Corán o la Biblia. Por cada ejemplar que hay en esta sala existen otros diez que han sido llevados a Europa y al Oriente. La misión de esta escuela es preservar el conocimiento para las futuras generaciones, ya que somos el único enlace entre el viejo y el nuevo mundo y esta misión histórica quizás no será recompensada, pero se convertirá en la fuente que alimente a las futuras generaciones y que garantice el progreso de la humanidad —me explicaba el anciano mientras parecía rebuscar entre los legajos y pergaminos.

»Pero vos queráis ver mapas; dejadme que os enseñe algunos; estos que podéis ver aquí llegaron de fuera, algunos de la propia Escuela de Sagres o de Mallorca, y otros fueron realizados hace más de mil años por ciudadanos alejandrinos o por extranjeros llegados a la ciudad desde Grecia al comienzo de la dinastía de los Ptolomeos. Pero permitidme enseñaros una copia que llegó a la Escuela hace unos doscientos años procedente de Castilla. Sin duda es una copia que ha perdido gran parte del color original. Se trata de los Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana; es, sin duda, uno de los libros más maravillosos que se han escrito y dibujado. La razón de enseñaros este códice es mostraros que cada mapa sirve a una finalidad. Unos buscan describir con la máxima perfección el lugar donde habitan sus promotores; en otros casos, pretenden exponer la inmensidad del océano o del planeta. En el caso del Beato, el mapa nos enseña la labor de los apóstoles que siguieron a Jesús, el hijo de Dios, según los cristianos. Cada apóstol fue enviado a un lugar conocido y donde se presumía que existiría una población ávida de conocer la palabra de Jesús. Sin profundos conocimientos de geografía humana, la labor apostolar no hubiera sido posible, y ustedes, los europeos, seguirían adorando a dioses paganos —el viejo continuaba desplegando pergaminos y rebuscando entre las estanterías, pero no me parecía que supiera muy bien qué estaba buscando.

»Yo había pasado años estudiando en Lisboa los mapas y la mayoría eran más producto de la leyenda que el resultado de una actividad científica. Así que, como mi paciencia se iba terminando escuchando al anciano con su parsimonia y viéndome encerrado en aquella torre por horas, le inquirí directamente por el más grande mapamundi de la historia, el de Ptolomeo, que además se había educado y vivido en la Alejandría de los Ptolomeos, de los que debió ser pariente cercano.



»El anciano me miró sorprendido.

—*Veo que conocéis al gran Ptolomeo, y aquí tenemos uno de los pocos originales que se conservan de su mapa del mundo y sus océanos* —me dijo con una sonrisa en su rostro.

»El viejo abrió un gran cajón que estaba a la altura de nuestras cabezas y de ahí tomó un papiro que se encontraba conservado entre unas hojas secas de algún tipo de palmera que permitían conservar la tinta original.

—*Este es el mapa más copiado de la historia de Alejandría, y ha servido durante siglos a aventureros, reyes y navegantes. Imagino que vos debéis conocer bien al autor, que no solo destacó en la cartografía, sino también en las artes y en las matemáticas. Sin duda, uno de los grandes genios que nos ha dado esta ciudad. Ahora bien, su mapamundi, como podéis observar, contiene notables imperfecciones, lógicas debido a la profunda ignorancia que todavía existía del mundo conocido. Sin embargo, Ptolomeo peca de imaginativo y nos resulta poco preciso para los que defendemos el conocimiento científico como la máxima expresión del saber. Fuera de estos muros nadie corroborará lo que voy a decirle, pero Ptolomeo daba preeminencia a la política o al comercio sobre la ciencia, lo que le hace poco de fiar* —me explicó el hombre mientras extendía el portulano sobre una amplia mesa.

»*Observad el mapa; a primera vista parece extraordinariamente perfecto para el tiempo en el que fue realizado. Podéis ver el mar Caspio y nuevos reinos como Catay. El mundo conocido aparece con gran precisión, pero hay, a mi juicio, significativos errores, y es que Claudio Ptolomeo lo que no sabía lo inventaba. Él consideraba que África se extendía hacia el sur hasta llegar a una especie de continente imaginario que une las tierras de África con Asia. Sin embargo, constan crónicas posteriores de comerciantes árabes que han llegado hasta el extremo meridional de África y más allá que afirman que alrededor solo hay mar. Pero el mapa nos deja una gran incógnita, ¿dónde acaba China y comienza el Atlántico? Lo que seguramente debe ser el objeto de vuestro interés.*

»*Según vos, Cristóforo, del mundo descrito por Ptolomeo, ¿qué parte es la desconocida?* —me preguntó el anciano mientras volvía a envolver con sumo cuidado el mapa y lo colocaba en su estante.

»*Pues en mi opinión* —continuó el anciano sin darme oportunidad para responderle—, *el gran geógrafo de Alejandría sin duda fue Eratóstenes, quizás el más notable científico de todos los tiempos desde la caída de Grecia. Acompañadme a ver su gran mapa del mundo conocido.*

»El anciano abrió una falsa puerta de piedra de la que no me había percatado y entramos en una sala mucho más reducida si cabe, sin ventilación ni luz alguna, salvo la lámpara de aceite que llevaba el anciano y que introdujo con sumo cuidado en una esfera de vidrio para evitar que una gota de aceite pudiera derramarse y provocar un incendio. A pesar de su pequeño tamaño, la llama iluminó toda la habitación. En una urna de cristal en el centro de la habitación

había un pequeño mapa. He de deciros que nunca he sentido más emoción que en aquel preciso momento en el que vi el original de un mapa del que todo el mundo ha hablado en los últimos mil años y que apenas una docena de personas ha visto. Yo, como creo que os dije, había estudiado geografía en Lisboa y antes en Padua, y todo el mundo fingía haber visto este mapa en innumerables lugares, pero ahí estaba el auténtico.

—*Querido Cristóforo, la misión de la ciencia es el conocimiento y su capacidad de previsión en virtud de la experiencia y la observación. Este mapa contiene numerosos errores, pero pensad que cuando fue dibujado, Roma era una pequeña villa de aldeanos y el mundo miraba hacia el Oriente, a las grandes civilizaciones de Persia o Egipto. Como podréis percataros, tiene notables imperfecciones, como alargar el mar Caspio hasta el Ártico, o considerar la India como una isla, o engrandecer a Britania más allá de lo que son sus fronteras conocidas. Eratóstenes describió el mundo tal como era, o como él creía que era, sin idea alguna preconcebida sobre cómo debía ser en realidad. Cuando desconocía un territorio o un mar, simplemente no ponía ni añadía nada, correspondiendo a la historia rellenar los vacíos del mapa de Eratóstenes* —explicaba el anciano.

—*Yo he pasado mi vida visitando mundos conocidos y leyendo de otros desconocidos, y para mí se ha convertido en una obsesión cerrar el círculo de la historia que dejó abierto Eratóstenes y aclarar algunas lagunas* —le dije para que entendiera qué estaba buscando tan lejos de mi casa.

»Pensé que el anciano en aquella habitación cerrada y a la que mi amigo Simón no había entrado, ya que las reglas no permiten que haya más de dos personas en la diminuta sala, podría ser de gran ayuda en la misión que me llevaba hasta Alejandría, por lo que decidí sincerarme con él.

—La misión que me trae a Alejandría es ...

»El anciano me espetó:

—*A nadie más que a vos le interesa el propósito de su estancia en la ciudad; si tenéis alguna duda científica que os pueda ayudar a resolver, hacédmelo saber. Lamentablemente en estos tiempos la gente muere por saber demasiado, y con lo que he atesorado en mi vida entre las paredes de la Escuela, me he convertido en un ser peligroso para la mayoría de la sociedad, así que prefiero no saber cuáles son vuestros propósitos reales* —afirmó intentando esquivar la cuestión.

»Tuve que ir directo a la cuestión.

—¿Vos creéis que la tierra es esférica?

—*Me sorprende que me haga esa pregunta alguien tan versado en la geografía como vos* —me contestó—. *Desde los tiempos de Aristóteles es sabido que la Tierra es una gran naranja, como la Luna, el Sol o los planetas. Todos los escritos señalan que cuando se produce un eclipse la sombra que proyecta la tierra es esférica; pensar que existe un abismo*

de dragones no es creíble, salvo para magos y sacerdotes que viven del temor de Dios o engañando a incautos —me contestó de una forma directa, como si hubiera dicho una solemne estupidez.

—Tenéis razón, disculpadme —le dije un poco azorado—. *La medición de la tierra es el principal motivo de mi investigación* —continuó—. *Según los cálculos de Ptolomeo, que realizó navegando por las islas del Mediterráneo oriental, entre el fin del mundo conocido y Cipango hay tres semanas de navegación, ¿es cierto?* —le pregunté de forma directa.

—*Ptolomeo realmente nunca realizó medición alguna de la Tierra, fue Posidonio quien lo hizo unos años después de Eratóstenes* —me explicó el anciano proporcionándome una información que yo desconocía a pesar de los muchos años que llevaba estudiando de estas cuestiones—. *El erudito griego se percató de que desde Rodas apenas se puede divisar la estrella Canopus en el horizonte sur. Sin embargo, desde Alejandría se observa con una elevación de siete grados y treinta minutos. Gracias a los estudios de la geometría calculó que la distancia entre Alejandría y Rodas era de tres mil setecientos cincuenta estadios y la diferencia en la elevación de la estrella indica que dicha diferencia es una cuarenta y octava parte de la circunferencia de la Tierra, dando en consecuencia un diámetro de ciento ochenta mil estadios, el equivalente actual de dieciocho mil millas náuticas. En consecuencia, según Posidonio, la distancia entre el Finisterre y el continente asiático debe ser de tres mil millas a lo sumo, ya que nos es conocido que la distancia a Cipango desde el reino portugués caminando directo hacia el oriente es de unas quince mil millas aproximadamente.*

—*Pero estos cálculos difieren de los realizados por el gran Eratóstenes, como vos le llamáis* —le respondí—. *Según sus estimaciones, la Tierra tiene una circunferencia de doscientos cincuenta mil estadios, lo que llevaría la distancia entre Portugal y Cipango a unos ciento veinticinco mil estadios.*

—*Así es* —me explicó el anciano—, *pero el experimento de Eratóstenes, si bien en lo teórico fue bien planteado, en la práctica generó numerosas dudas que llevaron a desechar su teoría posteriormente. Podéis imaginar cómo es posible medir andando a través del desierto la distancia entre Asuán y Alejandría. ¿Cómo mantener la línea recta todo el camino? ¿Cómo conseguir que cada paso sea exactamente igual que el anterior? Si la Tierra tuviera la medida señalada por Eratóstenes, ello significaría que el mundo desconocido sería tan grande como el conocido; y si ello es así, ¿cómo es posible que tal magnitud de tierra no haya sido conocida por el hombre en miles de años?, salvo que todo sea mar, y que desde las costas de Britania hasta Cipango se extendiera una travesía de veinte mil millas. Esto explicaría que el mundo desconocido sea todo mar, pero ¡qué desaprovechamiento tan grande del planeta pensar que toda una mitad esté cubierta de agua! ¿Qué sentido tendría para el Creador construir un mundo cuya mitad es inhabitable? Además, sabiendo que la tierra pesa más que el agua, ¿cómo se mantendría en equilibrio el planeta cuando su otra mitad está cubierta solo por océanos?*

—Precisamente —le interrumpí para no perder más tiempo— *he venido a Alejandría para obtener un cálculo definitivo de la dimensión de la Tierra.*

—*Amigo Cristóbal, ya veía que sus intenciones en Alejandría no eran de navegante o comerciante, sino de científico, condición que seguramente habrá adquirido en Padua y quizás trabajando con la afamada escuela de cartógrafos de Portugal, donde judíos conversos han venido colaborando con el príncipe Enrique hasta su muerte, y ahora lo continúan haciendo con el rey Juan. Pero si me perdona, hoy ya estoy cansado, la tenue oscuridad de la sala y la edad no me permiten trabajar todo lo que quisiera. Ya la vista me falla, y a pesar de haber sido operado de cataratas por un afamado doctor judío de la ciudad, apenas me alcanza para poder leer algunos viejos manuscritos al día. Volved mañana y os podré dar detalles de cómo obtener un cálculo más exacto de la dimensión de la Tierra y os enseñaré las obras de Séneca y de los grandes geógrafos romanos, que gracias a sus conversaciones con las tribus bárbaras del norte de Europa aprendieron mucho sobre el más allá, sobre las tierras que existen en el occidente, allende el océano. También os hablaré de los grandes viajeros del Oriente, de Catay y de Cipango y le mostraré el mapa más asombroso que jamás ha visto y que está a buen recaudo en esta pequeña fortaleza.*

»El viejo golpeó la puerta de forma pausada, y un vigilante corpulento de tez morena nos abrió la estrecha puerta y rebuscó entre nuestras ropas por si portábamos algún documento o mapa de la sala. Una vez cerciorado de que no llevábamos nada encima, nos dejó salir de la sala donde Simón estaba ya un poco desesperado de haber estado con Crátides más de dos horas conversando. El anciano se despidió con un efusivo saludo y me emplazó a volver a la mañana siguiente en cuanto el sol lanzara sus primeros destellos. Cuando ya marchábamos de la Escuela, se me acercó y me comentó al oído:

—*No habléis con nadie de dónde habéis estado o de lo que habéis visto. Alejandría es una ciudad con muchos espías de todos los lugares y la vida vale bien poco* —me dijo mientras me empujaba hacia el exterior del edificio.

»Y así fue que, durante el camino de vuelta a la casa con Simón, apenas hablamos de lo acontecido en la Escuela. No quería darle más importancia que una experiencia cultural interesante para un navegante como yo, pero nada más.

»Al llegar a la vivienda, la esposa de Simón había preparado una suculenta comida; yo después de tantas horas discutiendo sobre ciencias y geógrafos estaba hambriento, y a fe que nos dimos un auténtico festín regado con vino del sur de Egipto, seguramente de cerca de Asuán.

»Habiendo bebido tan buen vino y con el estómago repleto, no me fue difícil conciliar el sueño; de manera que cuando desperté al día siguiente, los rayos de sol estaban en lo alto, y seguramente habían pasado más de tres horas desde que había amanecido. El anciano, pensé, debía estar furioso por mi im-

puntualidad. Cuando nos disponíamos a salir de la casa, vimos llegar con la cara descompuesta a Crátides; antes de entrar en la casa se percató de que nadie le seguía y entró rápidamente. Simón le acercó una silla y le dio un poco de agua para que recuperase el aliento. Cuando por fin pudo hablar, nos indicó que el anciano había fallecido esa misma noche, asesinado.

—*Al abandonar la escuela para dirigirse, como había venido haciendo los últimos veinte años, hasta su humilde aposento, ya caída la noche, alguien se le acercó para robarle seguramente, y ante la tenacidad del anciano, le atestó varias puñaladas que acabaron con su vida. Cuando lo encontraron ya estaba muerto y rodeado por un charco de sangre* —nos explicó sin haber recuperado el resuello.

»Quedé roto, demudado; no podía imaginar que algo así hubiera ocurrido, precisamente cuando iba a desvelarme un secreto que podría cambiar el destino de los tiempos. Ya me había insistido Simón en que esta Alejandría era muy insegura y que el robo estaba a la orden del día, especialmente cuando se hacía la noche. Yo me sentí culpable; si no hubiera insistido tanto con mis interrogantes, el viejo podría haber llegado a su casa antes de haber anochecido y seguramente nada malo le habría ocurrido.

»Tanto Simón como Crátides estaban convencidos de que al pobre anciano le había tocado su destino, que no era otro que morir en una ciudad que estaba a punto de extinguir su esplendor de más de mil años por culpa de los nuevos designios del final del siglo.

»Le expliqué a Crátides mi conversación para ver si con su ayuda y conocimientos podía identificar el lugar o el documento que podría ayudarme en mi investigación y que el viejo me iba a revelar a la mañana siguiente.

»Pedí a Crátides volver a la sala de mapas para intentar encontrar algún documento que pudiera ayudarme a identificar el lugar, pero todo el esfuerzo fue infructuoso. Nada había en aquella sala que pudiera darme una pequeña pista, algo que pudiera levantar el velo de ignorancia que tenía en aquel momento. El anciano se había llevado su secreto a la tumba. Crátides nos guio a Simón y a mí a la casa del anciano. No había ni un libro, nada que denotase que en esa morada habitaba un hombre sabio. Salíamos de la casa cuando Ezequiel, un médico judío que era conocido de Simón, se nos acercó. Venía de preparar el cadáver del anciano para su entierro.

—*Ha sido un trabajo difícil, el viejo tenía más de seis cuchilladas; su asesino se ensañó con él seguramente porque no llevaba nada encima, o quizás porque no accedió a facilitarle información sobre la Escuela o sobre alguna de sus investigaciones. También puede haber sido un loco extremista que considera a los científicos enemigos de Maboma y que en los últimos meses abundan por la ciudad* —explicó el físico.

»Quedamos muy sorprendidos por esas noticias. Aquel enjuto cuerpo no necesitaba de tanta saña para morir. Para mí el dolor era doble; primero, por la pérdida humana y segundo, porque me vería obligado a repetir el experimento de Eratóstenes si quería obtener un cálculo certero, y esto requería hallar los puntos geográficos idóneos, retrasar al próximo año o quién sabe, y ya llevaba demasiados años esperando, para demorar mi expedición por más tiempo, aunque ya estaba convencido de que no iba a obtener ningún resultado válido repitiendo el experimento, por mucho que mejorase la técnica.

\*

Al escuchar todo lo que le había acontecido al caballero Colón, quedé pensativo. Sin duda aquel hombre guardaba muchos secretos y acumulaba aventuras. Por nada del mundo pensaba interrumpirle, por lo que con un leve gesto le pedí a una camarera que estaba pendiente de nuestra mesa que rellenara los vasos sin interrumpir lo más mínimo el monólogo de don Cristóbal. Le urgí para que continuara sin detenerse ni a respirar.

—Como le decía, a la mañana siguiente unos soldados del gobernador irrumpieron en la casa preguntando por un castellano o portugués que había sido visto por los alrededores. A pesar de que Simón pretendió esconderme, era notorio que ya sabían los guardias lo que se iban a encontrar y a quién, y no podía poner a esa familia en un trance peor. Me identifiqué como comerciante castellano que permanecía en la ciudad con mi socio Simón buscando algunas oportunidades para comprar especias que pudieran ser transportadas a Europa.

»Los soldados con amabilidad me pidieron que los acompañase a la cárcel de Alejandría. Entendí con prontitud que debía tratarse del asesinato del anciano. Seguramente querían investigar más sobre mi visita a la Escuela y sobre si habría relación entre mi presencia en Alejandría y su muerte. Pero mi sorpresa fue mayor cuando al entrar en una celda del sótano de la prisión encontré un marinero pendenciero natural de Lorca que formaba parte de la travesía que me llevó hasta aquellas tierras. No había hablado con nadie durante todas las jornadas de navegación y se mostraba huraño. Sin duda, había decidido quedarse antes de que la Virgen del Rosell, que así se llamaba la carraca que me llevó a Alejandría, partiera de regreso. Aquel desgraciado me había robado el secreto mejor guardado y además había asesinado a un buen hombre, y no encontraba razón alguna.

»El preso al verme se me echó en brazos implorando que les explicara a los guardias que no tenía nada que ver con los hechos. Le acusaban de haber dado muerte al anciano. Habían encontrado cerca del lugar una daga manchada en sangre y ese día no habían acontecido más muertes violentas en la ciudad, y sus

ropas estaban manchadas también con sangre fresca. Él me lloró gritando que era inocente. Que al ver al anciano sangrando, se había acercado a socorrerle, pero al observar que expiraba, decidió salir corriendo para que no le involucrasen, ya que siendo extranjero sería una buena pieza para ser acusado sin culpa. Sin embargo —continuó explicando— tuvo la mala suerte de que una patrulla de soldados estaba cerca del lugar, y allí mismo le detuvieron.

—*Vos me conocéis bien, señor Colón, nunca haría mal a nadie* —me imploró agarrándome del cuello con cierta violencia.

»Le pregunté la razón de haber permanecido en la ciudad al haber marchado la Virgen del Rosell y me contestó que el vino le había pasado una mala jugada en una taberna de la ciudad y que había caído en un profundo sueño.

»Cuando pedí al guardia que me trajera la daga con la que supuestamente se había cometido el crimen, pude comprobar que era la misma que yo le había decomisado al partir de Cartagena y devuelto la noche antes de dejar el barco. No había duda, aquel hombre había asesinado al anciano, pero ¿cuál sería el motivo?

»Cuando le inquirí para que me diera una razón, contestó que necesitaba alimento y que, al ver al anciano tan débil y desprovisto de arma alguna, resultó una presa fácil para conseguir algo de comida. Ante la resistencia del anciano, le clavó seis veces la daga en el cuerpo, falleciendo de forma casi inmediata. No podía dar crédito a lo que escuchaba; ese sinvergüenza asesino no solo había demostrado una gran sangre fría cometiendo semejante crimen, sino que había terminado con mi misión, y eso era algo que todavía resultaba más impardonable. Con la esperanza de que pudiera decirme algo, quizás algún último mensaje, le pregunté sobre si el anciano llevaba alguna nota encima o sobre si le había dicho algo, pero nada obtuve.

»Enseguida llegaron unos guardias para llevarle a la sala de torturas con el fin de obtener una confesión. No cabe duda de que aquellos personajes, con sus caras deformadas y sudorosos brazos, debían ser expertos en extraer la verdad o la mentira de cualquiera que se pusiera en sus manos. El lorquino se resistía. Yo le increpé por última vez.

—*Decidme por qué lo hicisteis y podréis libraros de las manos del torturador, y si la información ayuda, seguro que podré obtener algún tipo de benevolencia del gobernador* —le dije, dando a entender que podría tener acceso a tan alta instancia.

—*De aquel viejo* —me dijo— *solo saqué su nombre, As Sifab, nada más habló antes de fallecer.*

»En un momento de descuido mío en el que pedí un vaso de agua para superar el mal trago de aquella conversación, el bandido agarró la daga que tenía



en mis manos con inusitada violencia y se la clavó en el corazón, de una forma rápida, sin dar tiempo a que los guardias pudieran evitarlo. Sus últimas palabras todavía resuenan en mis oídos todas las noches.

—Dios os maldiga, Cristóbal Colón, y también al rey.

»Todo transcurrió en cuestión de segundos; yo sabía que debía ser discreto, y tenía razones para pensar que alguna conspiración estaba en marcha. No podía ser casual que aquel hombre se embarcara conmigo y que se quitara la vida después de asesinar al anciano. Seguramente pensó que debía estar en posesión de conocimientos o documentos que alguien quería obtener y que estaba dispuesto a conseguir a cualquier precio. ¿Por qué el anciano le dio su nombre? Es lo único que no entendí en ese momento.

»Regresé a la casa, donde Simón y su familia estaban angustiados por mi ausencia y la falta de información. Realmente pensaban que habría sido detenido y que algo peor podría haberme ocurrido. Les narré los hechos y todos quedaron muy preocupados por mi seguridad en Alejandría.

—*Debéis partir cuanto antes. Mi hijo os ayudará en el viaje* —me señaló con honda preocupación Simón.

»Lo que no quería por nada del mundo era involucrar a Simón y a su familia en mi aventura, que se estaba tornando en una pesadilla peligrosa. Tal como ya me había aventurado mi amada Beatriz, debía tener mucho cuidado, ya que debía estar removiendo conciencias de muy alta condición en Castilla.

»No pegué ojo en toda la noche revisando cada una de las palabras del anciano y buscando en ellas alguna señal, algo que pudiera descifrar el enigma al que hizo referencia. Nada encontré; en cuanto el sueño me vencía me venía la imagen del lorquino sangrando abundantemente en el suelo de la celda y me volvían los temores. Y otra vez a repasar las palabras del anciano, cualquier comentario por mínimo que recordara podría ser de gran ayuda, pero nada.

»Unas semanas más tarde, y ante la insistencia de Simón, decidí emprender viaje en solitario de regreso a Córdoba. Ese mismo día Crátides se acercó a la casa para despedirse. Le agradecí mucho el gesto. Conociendo al anciano, yo sabía que nada de la conversación que habíamos tenido en la sala oscura le habría comentado, de manera que no necesitaba más interrogatorios.

»Nos abrazamos al despedirnos.

—*Que tengáis un buen viaje y mucha suerte. Seguro que el anciano Orén os hubiera ayudado mucho; su pérdida será irreparable para todos* —me dijo entre lágrimas mientras me abrazaba.